

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id... 11 »
 Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 15 reales.
 Por seis id... 28 »
 Por un año... 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
 ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Si no podía faltar...

Desde muchos días antes lo estaba yo esperando. ¿Cómo había de pasar el día 15 sin una victoria de los franceses? Imposible, vamos, imposible.

No había bien amanecido y ya se conocía en París el telegrama de la descomunal batalla ganada á los prusianos para solemnizar el cumpleaños del gran Napoleon. Nuestro *carísimo* embajador en París, aficionado como es á las cosas imperiales, ha de presumir necesariamente que acá en España participamos todos de sus aficiones, y quiso, por ende, no privarnos de tan faustas nuevas; así que en las primeras horas de la mañana ya pudimos los pacíficos habitantes de Madrid regodearnos con la lectura de un parte, que reproduciré y glosaré con tu licencia, lector estimado, *ad majorem Dei gloriam*.

El emperador (?) á la emperatriz (?):

«El ejército ha empezado á pasar la orilla izquierda del Mosela esta mañana.»

La evolucion, como se ve, no es grave; pero vamos con calma, que todo se andará: continúa el parte:

«Nuestros reconocimientos no habian señalado la presencia de ningun cuerpo enemigo.»

Ahora vamos á ver lo que valian esos reconocimientos.

«Pero cuando habia pasado la mitad del ejército, los prusianos atacaron con grandes fuerzas.»

¿Con que habia grandes fuerzas de prusianos á la izquierda del Mosela, y sin embargo, los reconocimientos no habian señalado la presencia de ningun cuerpo enemigo? Pues famoso reconocimiento se habria hecho. Esto—bien que yo sea profano en el noble arte de la guerra—tiene mucha analogía con una sorpresa. Por fortuna, sorprendidos los franceses rechazaron á los prusianos, causándoles grandes pérdidas, como lo reza el parte á que me remito; si bien, no sé yo si por descuido ó en gracia de la brevedad, nada se especifica acerca de esas pérdidas: y bien mirado no habria sido malo decirlo, porque ya se ve, hay espíritus tan desconfiados que en nada creen, y son, vaya si lo son, muy capaces de poner en tela de juicio la victoria.

Yo nunca me permito dudar de lo que un emperador afirma: créolo todo como artículo de fé; pero si—lo que Dios no quiera—llegase á vacilar en mi confianza, hiciéranla renacer inmediatamente las circunstancias que á esa, para mí indudable, victoria han acompañado.

Apenas obtenido tan importante triunfo, el emperador abandona á Metz, como que solo para vencer á los prusianos en el primer encuentro habia permanecido allí; logrado esto, su presencia en la poblacion y la del cuartel general eran inútiles de todo punto, y

hasta se vislumbra cierta habilidad extratéctica en ese plan de ir internándose poco á poco, con la calma suficiente para que no parezca una fuga, pero con la bastante precipitacion para que si lo parezca, hácia la capital de Francia. Algunos pobres de ingenio, que alcanzan muy poco en asuntos de campaña, creen buenamente que Napoleon huye; pues, no señor, lo que hay es,—como dice un personaje de cierta comedia,—lo que hay es que «se va un poco de prisa» para engañar á los inocentes prusianos.

Y bien claro lo da á entender, con esa malicia ingeniosa y aguda de los franceses, la alocucion de Bonaparte á los vecinos de Metz: «Separándome de vosotros para ir á combatir la invasion, confío á vuestro patriotismo la defensa de Metz.» Para ir á combatir la invasion, el emperador no ha podido ser más explícito; va á combatir la invasion, solo que para combatirla con buen éxito se va, no hácia la frontera, como hubiera parecido lógico al vulgo de las gentes, sino hácia el interior. Como si dijéramos, para impedir un desembarco en las costas de Alicante, tomar posiciones en Badajoz.

Lástima grande que esas elevadas concepciones de las grandes inteligencias, esos profundos y meditados planes del guerrero insigne se escapen al vulgo de los hombres. En París han dado en no comprender á su imperial amo, y á más de existir una indescriptible excitacion, que aumenta por momentos, se piensa en proclamar *la república*...

Ya salió; es fuerte cosa que esa pícaro palabra no sepa contenerse en los límites de la prudencia y del recato, y acabe siempre por escaparse de entre los labios ó de los puntos de mi pluma.

A bien que si yo soy tonto de la cabeza y mis correligionarios locos de atar, hombres hay en España sensatos y cuerdos que impedirán á toda costa la gran catástrofe: no, no se han descuidado, y buen par de pares de artículos han endilgado á los republicanos *La Iberia* y *El Puente de Alcolea*.

La Iberia sostiene, con esa lucidez propia de los progresistas en general y característica de *La Iberia* en particular, que la república es *cosa visible*; y ¿podrán Vds. creer? ¡si parece imposible! ¿podrán ustedes creer que no ha faltado quien diga que es mucho más risible una monarquía sin monarca y un ministro de Estado que permite á los embajadores quebrantar la neutralidad declarada y aun se apresura á darles explicaciones cuando las exigen?

Yo presumo que con esto quieren aludir, en grande á la nacion española, y en pequeño al Sr. Sagasta.

Hay excesos y faltas de respeto que producen honda y acerbísima pena. ¡Ah!

Con no menos celo y con igual prudencia *El Puente de Alcolea* la emprende tambien contra el republicanismo, arremete con los federales y ayuda en su noble y árdua tarea á su colega progresista *La Iberia*.

El Puente de Alcolea prueba con la autoridad de Robespierre que en España es imposible la república, porque como la ley del hombre es la libertad, y como

además—segun *El Puente*—la libertad de uno concluye allí donde empieza la libertad de otro, está claro que la república es imposible.

Digo yo, me parece que esto no tiene vuelta de hoja.

Pero no se limita á eso el mencionado diario, aunque con esto bastaria y aun sobraria, sino que añade, para mayor edificacion de los fieles monárquicos, que la libertad es como *el arsénico*, y perdonen Vds. *la comparanza*, y es necesario darla en pequeñas dosis á la nacion. No dice, ni hace falta, porque eso por sabido se calla, quién debe encargarse de dar esas dosis; claro es que esas dosis deben darlas los dueños de la especie humana, ó, si se quiere, los monarcas.

Necesario es haber perdido toda nocion de la verdad y de la justicia para no comprender cuánta razon tienen *La Iberia* y *El Puente* para decir que la república es imposible.

Solo falta ahora que la república, imitando al personaje del inmortal Calderon, dé al traste con *La Iberia* y sus patronos, con *El Puente* y su candidato, y volviéndose despues tranquilamente hácia la Europa, diga con arrogancia:

¡Vive Dios, que pudo ser!

A. Sanchez Perez.

LA LINTERNA MÁGICA.

¿Qué dirán ahora los que suelen revolverse contra el siglo, quejándose de su uniformidad y monotonía? Vamos, golosos de novedades y sorpresas, que si ahora no están Vds. contentos, merecerán ser emparedados.

¡Qué continuo subir y bajar de telones, qué cambios de escena á la vista, qué de sorpresas y transformaciones! ¿Hay funcion de fantasmagoría que se le iguale?

Ya estábamos, aun no hace un mes, viendo, como quien dice, sublevada contra Prusia toda la Alemania del Norte; aliada Austria con Francia; enviando Víctor Manuel cien mil soldados á Luis Bonaparte; cuatrocientos mil franceses llamando á deshora de la noche á las puertas de los sobrecogidos berlineses... ¡Y de pronto, cátese Vd. que el empresario destino ó su consocia la lógica tira de un ténue cordoncillo, y Alemania aparece ayudando al rey Guillermo; Austria no aliándose; Víctor Manuel y sus cien mil soldados quietecitos, y centenares de miles de prusianos dando enormes saltos de Berlin hácia Paris.

Comprábamos mapas titulados del teatro de la guerra, donde á duras penas aprendiamos á deletrear los títulos góticos de pueblos y aldeas prusianas. En aquellos mapas estaba representada toda Alemania y una estrecha tirilla de frontera francesa.

Despues que á fuerza de paciencia y buena voluntad habiamos aprendido de memoria una docena de nombres importantes, truécase todo: el mapa no sirve para nada, y el teatro de la guerra se convierte en la carta geográfica de Francia, con una estrecha tirilla de frontera prusiana.

Amanecemos un dia con el príncipe imperial cogiendo balas alegre y serenamente en la batalla, y

anohecemos con que lo envian cabizbajo á su casa para que no sea él el cogido.

Nos acostamos con la nueva de que Paris derriba al ministerio imperial para proclamar la república, y amanecemos con el telégrama de que se ha formado un nuevo gabinete más imperialista que el de la vispera.

El ciudadano de Paris celebra un falso triunfo en la Bolsa; se entrega á una natural alegría, entona el cántico de victoria, y de pronto llega á sus oídos la noticia de una derrota y tiene que pedir que se cierre el centro de las contrataciones en donde habia tenido origen su entusiasmo.

Los ejércitos franceses pelean á las órdenes de un tirano, y mueren por él cantando:

«Tremblez, tyrans, et vous perfides...»

El gobierno imperial toma sesuda y sagazmente todas las precauciones imaginables para que con ocasion de la guerra la plebe no haga alguna de las suyas, y lo primero que tiene que castigar es un delito que cometen nada ménos que los banqueros, la más patriótica, morigerada y garantida clase de la sociedad.

La misma doña Isabel de Borbon, que un mes atrás acaso se creia desgraciada comparando su suerte con la de su antigua servidora doña Eugenia, ha visto de pronto cambiada la suerte de la emperatriz, como si por escotillon la hubiesen despojado de su manto, corona y prestigio.

Digan Vds., en puridad, si hay linterna mágica que pueda compararse á esta.

Aun parece que era ayer cuando los occidentales deciamos á coro:

—¡Cuidado que es mucha flema la de esos alemanes!

Y hoy, como si estuviesen pintados en un zootropo, al que se hubiese hecho girar súbita y velozmente, nos asomamos á verlos, gritando embobados: ¡Cómo corren, cómo avanzan, cómo llegan!...

¡Oh qué linterna mágica!

Recuerdo la gravedad con que se decia: ¡Francia es Bonaparte; Francia es imperialista!...

¡Y hoy, ni en los documentos oficiales de mayor importancia se atreve nadie á mentar á Bonaparte ni al imperio!...

Asómense Vds., asómense Vds., que es cosa curiosa y sorprendente, y lo más bonito es lo que aun está por ver.

Roberto Robert.

¡DINERO!

Hay hambre, y sin embargo hay dinero; ó si Vds. lo quieren mejor, hay dinero, y sin embargo hay hambre: del hambre nos hablaron en la manifestacion del domingo: del dinero hablamos nosotros, para hablar en plata, como quien dice.

El asunto es espinoso, el terreno resbaladizo, pero... no importa; pecho al agua.

Hablar de un rico, hablar de su dinero, y no herir la susceptibilidad de hombres que parecen importantes porque... se dan importancia, es difícil, muy difícil; pero, lo dicho, no importa.

Pues, señor, figúrense Vds. que un candidato al trono—pongo por caso,—tiene dinero, cosa que ya debian saber, ó por lo ménos presumir, pues anda por ahí de boca en oreja, como secreto de Estado ó noticia de buen conducto.

Teniendo ese señor dinero, parece lo más natural que lo emplee como le dé la gana y lo invierta como lo tenga por conveniente; pues no señor, no debe de ser lo más natural, porque la gente ha dado en la flor de censurar el destino que el candidato da á sus capitales.

¡A qué tiempos hemos llegado! ¡Ni el honrado padre de familia, ciudadano pacífico por añadidura, está libre de verse censurado por lo que hace de sus haberes!

Unas preguntas:

¿Qué objeto se proponen los que un día y otro día hablan de que tal ó cual príncipe tiene dinero? ¿Le denuncian al socialismo? ¿Le presentan como blanco á las necesidades del ministerio de Hacienda? ¡Temblemos!!!

Observo desde luego que todo esto debe de tener su

origen en la demagogia. ¡Esas predicaciones anarquistas!

Pero, en fin, supongamos por un momento que hay quien tenga derecho á escudriñar esos gastos. ¿De qué se acusa al hombre rico?

De dar cada dia un anuncio ó prospecto en que se le llama bueno, sabio, poderoso, principio de la revolucion de Setiembre y fin á que esta debe caminar.

Se dice que cada prospecto le cuesta:

Tanto para el que lo escribe,

Tanto para el que lo imprime,

Tanto para los que lo reparten,

Y tanto para los que lo elogian.

Y vamos á ver, ¿puede ninguna persona formal negar que esos tantos van á parar al estómago de unos cuantos que viven de los tontos? ¿Quién preguntó á Estrada por qué gastaba dinero en *El Piston* laborioso?

Se le acusa—¡injunta acusacion!—de pagar á gente que desacredite el sistema republicano, presentándose unos como bebedores de sangre en unos sitios; otros como federo-social-intransigentes en otros; aquí como promovedores de motines; allá como manifestantes contra la interinidad; acullá como defensores del imperio francés, y así interminablemente.

¿Y qué de extraño tiene todo esto? Si sus partidarios son pocos, ¿cómo han de hacer bulto y conseguir que se hable de ellos? Si un hombre rico pudiera—es un decir—comprar el cólera morbo-asiático, ¿por qué no habia de soltarle por ahí para recogerle despues y poder decir que le debiamos la salud?

Seria lo más natural, lo más lógico y lo más explicable que cabe en cabeza humana.

No quiero, pues, ocuparme de otras muchas inculpaciones que demagogos intransigentes con la monarquía se entretienen en fabricar, y voy á dar un consejo á las pequeñas industrias, tan poco explotadas en nuestro país.

Seamos alguna vez ingleses; si es cierto (aunque lo dudo) que hay quien tiene dinero y lo da, ¿por qué no tomarlo? Si hay hombre rico, (y lo dudo más aun) que es una mina, ¿por qué no explotarla?

Poetas, prosistas, impresores, libreros, desocupados, vagos, encomiadores, todos debian ya haber saboreado el dinero del pretendiente, á ser cierto que este se desprende tan fácilmente de él.

A docenas debieran haber compuesto las odas epicédicas ó eucharísticas ó genethliacas, que para el caso es lo mismo; á centenares los villancicos, cántigas, himnos y seguidillas encomiásticas; á miles los folletos, extraordinarios y hojas volantes histórico-críticas... ¿Quién duda que todo lo pagara el que se vende retratado á 2 rs. en perfumerías y tiendas de quin-calla?

Los establecimientos debieran vomitar letreros que dijeran:

«Se venden fés de vidas, recibos de inquilinato y prospectos del candidato.»

«Se compran elogios hechos al pretendiente.»

«Se suministran partidarios del aspirante al trono á tanto la docena.»

«Se sirven motines unionistas á precios económicos.—Hay grupos hostiles muy baratos.»

Et sic...

Esto seria más formal y más serio que ocuparse en traer y llevar chismes sobre si tal ó cual hombre público tiene en su presupuesto particular consignada la partida siguiente:

COMPRAS.	Gastos.
Por una conspiracion.	dos escudos.
Por diez mil ejemplares de recomen-	
dacion.	cien escudos.
Por la adquisicion de un liberal (?).	tres pesetas.
Por la compra de un periódico.	cuatro reales.

Seamos alguna vez hombres juiciosos.

Procuremos todos y cada uno averiguar si en efecto ese dinero existe: si en realidad esa mina puede explotarse, y si es así, explotemos sin reparo; así como así á nada nos comprometemos.

Los ofrecimientos pueden hacerse con todas las *reservas mentales* que tanta aplicacion tuvieron siempre entre buenos católicos-apostólicos-romanos como por fortuna somos nosotros; y si mañana—ricos ya—nos vemos en el caso de olvidar la promesa que hagamos hoy, yo os lo fio, pagándolo razonablemente, no faltará un presbítero que nos absuelva.

CRÓNICA DE VERANO.

Aguas Buenas 10 de agosto.

Tambien la guerra ha influido mucho en la concurrencia que por estos dias suele afluir á estas aguas minerales.

No hay tanta gente, no está tan animado esto como otras veces.

Todas las personas que dependen de la administracion pública, ó no han podido venir, ó han tenido que volverse á prisa; la falta de vacaciones á los empleados franceses nos ha evitado este año la excesiva aglomeracion de bañistas, con harto sentimiento de los dueños de hoteles.

La mayor parte de los enfermos que andan aquí padecen de los órganos respiratorios.

Créese, con fundamento, que estas aguas tienen una virtud especial para curar los males de la garganta,—cuando se pueden curar.

Acuden tambien buscando alivio muchos enfermos que debieran mejor dirigirse á Panticosa, ó hablando claro, á ninguna parte, porque la curacion es imposible.

Pero como la esperanza es lo único que jamás pierden los enfermos, de aquí resultan escenas no muy agradables y espectáculos muy lastimosos.

Una señorita española, de quince años, murió el otro dia. La acompañaban su madre y un hermano. El cadáver ha sido embalsamado y conducido á Jerez. Antes de salir para dicho punto se dijo una misa en la iglesia del pueblo á las doce de la noche (porque aquí, como en Panticosa, no se permite de dia sacar los cadáveres) á cuya misa acudieron varios españoles que conocian á la difunta.

¡Qué cosa de tan poca solidez es la vida aquí abajo!

Veá Vd. esa jóven que ha muerto en la flor de su edad. Todo la sonreía. Su familia adoraba en ella; su fortuna es inmensa. Un dia se le desarregla una viscera importante, y doce meses despues muere en tierra extraña.

¡Ah! Cuántas veces se ve uno obligado á recordar el monólogo de Hamlet:

¡Ser ó no ser! ¡Morir, dormir!

Al lado de estos enfermos *románticos* están los que vienen por aprension ó por cualquier variante del humor herpético, que parece hoy el humor á la moda.

Estas clases de enfermos se divierten de lo lindo, haciendo excursiones á caballo ó en carruaje á las montañas y á los pueblos inmediatos.

No sucede aquí lo que en nuestros establecimientos de baños, que hay solo un médico (y sobra) para todos los bañistas.

No señor, aquí hay muchos médicos, y entre ellos descuellan Mr. Cazenave, autor de una obra titulada *Diez y siete años de práctica en Aguas Buenas*, y Mr. Pidoux, médico del establecimiento.

Yo he preferido á Mr. Cazenave y estoy muy contento de la preferencia.

Espíritu observador y analítico, al propio tiempo que conoce perfectamente las propiedades de estas aguas, estudia la naturaleza del enfermo; de este modo Mr. Cazenave ha logrado adquirir una envidiable reputacion, y yo creo dar un buen consejo á los españoles que se dirigen á Aguas Buenas recomendándoles la asistencia de un facultativo tan ilustrado.

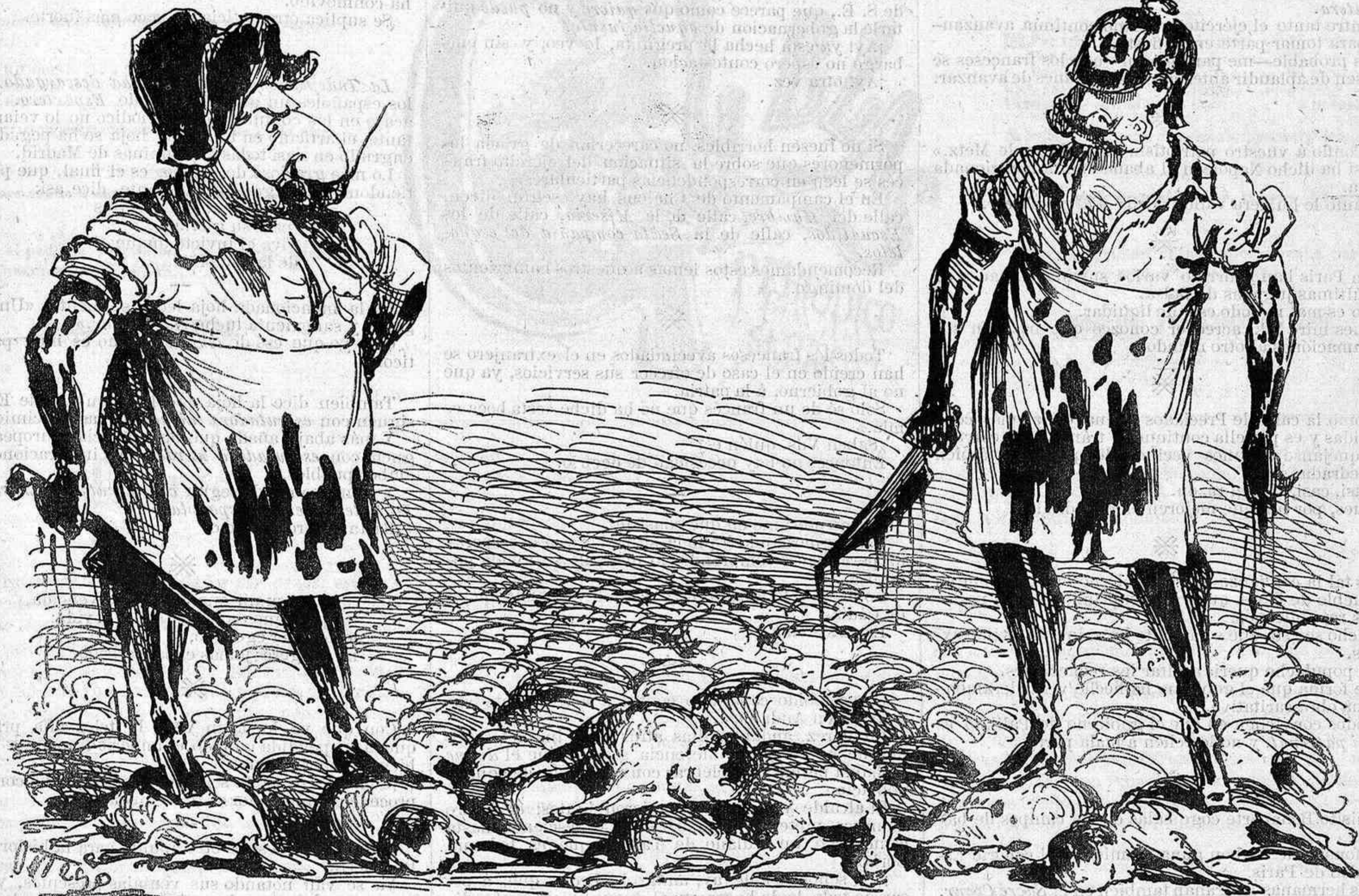
He leído los *Diez y siete años de práctica en Aguas Buenas*. La claridad en el fondo contrasta con la claridad de las observaciones.

Ya saben Vds. que hay diversas opiniones sobre el contagio de la tisis pulmonal; pues bien, Mr. Cazenave afirma, apoyado en la experiencia, que la tisis pulmonal es contagiosa por medio de los actos del matrimonio.

A este propósito dice:

«En cuanto á mí, hace tiempo creo, lo mismo que Michel Levi, Gueneau de Mussy, Gubler y Bruchon, en la trasmision de la tisis por medio de la cohabitacion. Para este género de observaciones no hay seguramente un campo más favorable que la estación termal de Aguas Buenas.

»En efecto, ¡cuántas mujeres he conocido en Aguas Buenas llenas de salud, en brazos de sus pobres maridos tísicos, y á las que algunos años más tarde las he visto volver lánguidas y tristes, trayendo en sus semblantes descarnados las señales visibles del mismo mal que debia consumirlas á su vez!»



Aquel que más víctimas haya inmolado en aras de su ambicion y de su capricho, será el héroe.

¡Demonio! En verdad que esto no es muy consolador, pero bueno es que se sepa cómo ópira sobre el particular un médico que lleva tantos años de práctica, luchando con todo género de enfermedades referentes al aparato respiratorio.

¡Ojo, maridos! ¡Alerta, mujeres!

Luis Rivera.

EL CANDIDATO.

A todo esto el asno callaba...

Porque yo no sé que el verdadero candidato al trono haya dicho aun esta boca es mia.

Lo cual no me da á mí muy buena espina; pues ese silencio me induce á creer que el candidato es hombre discreto, y yo quisiera que fuesen todos unos régios tarambanas, á fin de que, desprestigiados desde sus primeros albores, no hallasen en España un grupo de rucios bastante numeroso para elegirle.

Me ha ido gustando que el duque de Montpensier se haya manifestado en la prensa y por otros medios, porque así ya no paso cuidado de que pueda sentarse en el trono; me ha causado regocijo lo del rey viudo de Portugal, lo del duque de Aosta, lo del de Génova, lo de Espartero, lo de Hohenzollern...

Todo lo de los candidatos me ha dado contento, ménos lo del candidato que, envuelto en el misterio, respirando en las regiones de lo incógnito, ajeno á las veleidades de la prensa monárquica, jamás trompeteado, jamás visto ni oído, sin pandilla, sin heraldos, sin adversarios conocidos, sin haber dado pretexto á que en ninguna cancillería se apunte su nombre, espera firme, callado, inmóvil, el momento de alargar la mano, ceñirse la corona, sentarse en el sόlio de Recaredo y de Fernando VII, y dictar leyes á la patria del Cid y de Paquita.

¡Oh!... ese candidato... ese, ese es el que yo temo.

Ese es el que tengo montado en las narices... ¡Y qué cómodo debe de cabalgar sobre ellas el muy picarillo!

Observen Vds. si es ladino.

Llevamos dos años de revolucion: hemos dicho pestes de todo sér con trazas de rey probable; hemos injuriado á sus padres, madres, hermanos, tíos y abuelos, poniendo á cada uno de ellos como un trapo, de modo que han llegado á causar viva lástima hasta á los chiquillos; pero el candidato que á mí me tiene con turbado, reparen Vds. qué íntegra conserva su reputacion; qué limpia é intacta la de su familia; qué decoroso silencio se observa acerca de él y cómo ni siquiera tiene apodo todavía.

Por eso, por eso le he cobrado un miedo verdaderamente fundamental.

Porque como yo estoy en el secreto de que el rey del artículo 33 ha de ser un hombre, es decir, un príncipe honesto, discreto, prudente y benévolo y deseoso de hacer aquella consabida y nunca vista felicidad de España, circunstancias que no han concurrido hasta ahora en los demás que hasta aquí nos fueron presentados, anunciados ó indicados, no me llega la camisa al cuerpo cuando pienso en el otro.

¿Qué inventaria yo para que ese mortal, es decir, ese príncipe hiciese una tarambanada que me diera ocasion de desacreditarle?

Si yo le conociera, podria escudriñar si tenia vicios, ó deudas, ó malos antecedentes; podria echarle encima los defectos de sus antepasados, ya que otros le ensalzarian por las buenas cualidades de éstos; me ingeniaria, en fin, para ponerle al nivel de los otros príncipes, y con esto me bastaba para salir de cuidados y no temerle.

¡Pero ahora!...

Ahora, cada vez que me hablan de un hombre de bien, simpático, reservado, me estremezco y digo para mí: ¿Será ese el que va á reinar?

Los monárquicos españoles hasta ahora han dado

pruebas de un paladar político delicadísimo, rechazando por turno á cuantos candidatos se les han ofrecido. Uno que otro han catado, más por curiosidad que por otra cosa, pero inmediatamente han pedido que se los quitaran de delante.

Pero es indudable que el dia que echen la vista encima del que yo temo, se guñan todos el ojo á un tiempo, y en un santiamen nos le presentan sentado en el trono con su corona, su bola, su cetro y su lista civil.

Ese hombre, quiero decir, ese príncipe me quita el sueño, el apetito, la esperanza...

Su morosidad misma aumenta mis temores; porque si fuera un candidato de tres al cuarto, ya á estas horas tendria sus periódicos, su grupo en la Cámara, sus fotografías...

¡Oh! Si se muriera de una muerte suave, dulce grata, sin padecer... Porque yo, lo que es ódio no se lo tengo: lo que tengo es miedo: un miedo cerval...

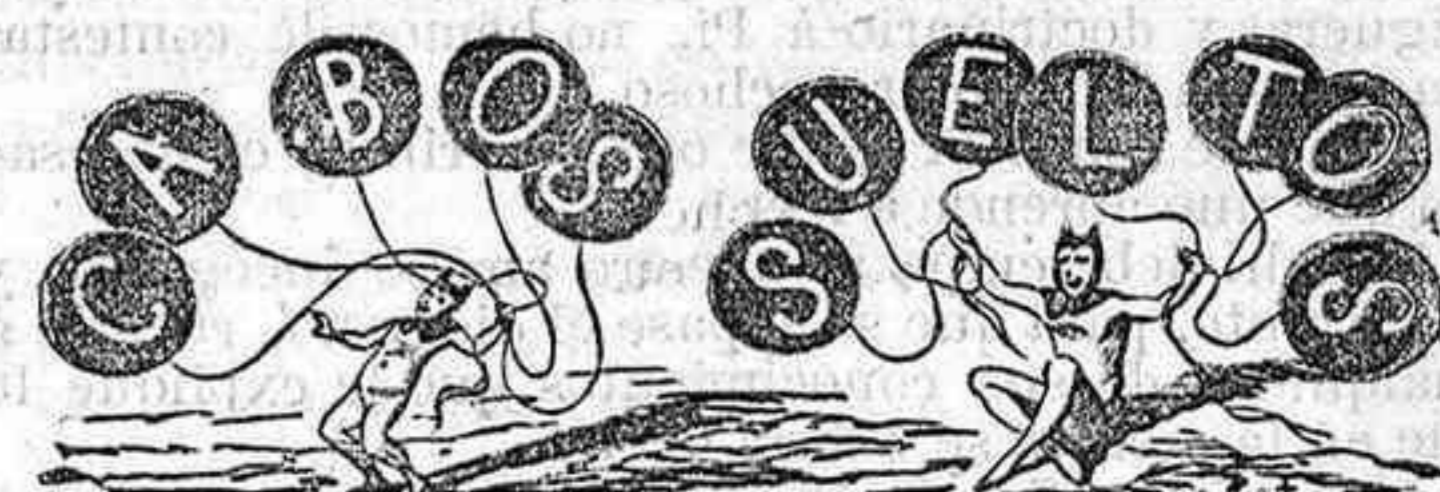
A ménos que ese futuro rey no se llamara pueblo...

¡Oh! Entonces sí que...

Yo he oído mil veces decir que el asno es la imagen del pueblo.

Y como veo que es el único que calla... ¡Ah, si fuera él!

Roberto Robert.



Los prusianos trabajan. Los franceses trabajan tambien. Ni unos ni otros se dan un momento de descanso.

En el Cuerpo legislativo se aplauden los discursos belicosos del ministerio: en los cafés se devoran los artículos sangrientos de Girardin: en el teatro se victoria frenéticamente á los autores del himno á la frontera.

Entre tanto el ejército prusiano continúa avanzando para tomar parte en la fiesta.

Es probable—me parece á mí—que los franceses se cansen de aplaudir antes que los alemanes de avanzar.

«Confío á vuestro patriotismo la defensa de Metz.» Así ha dicho Napoleón al abandonar la mencionada plaza.

Tanto le hubiera valido decir: *Ahí queda eso.*

En París han ocurrido varios suicidios á causa de las últimas jugadas de Bolsa.

No es mal método este de liquidar.

Pues mire Vd., acreedor conozco que iría con sus reclamaciones al otro mundo.

Como la calle de Preciados es una de las más concurridas y es por ella continuo el tránsito de carruajes, quéjanse algunos vecinos de que no está bien empedrada.

Casi, casi, tienen razón.

Pues, por mí, que mejoren el empedrado.

Es tal la confianza que el gobierno Palikao tiene en el pueblo de París, que ya ha suprimido varios periódicos republicanos.

Dicho se está que solamente ha sido para evitar excesos.

El populacho quería asaltar las redacciones.

De forma que el gobierno ha hecho verdaderamente una obra caritativa.

Todos convienen en que el gobierno de Palikao es *cuasi paternal*, y no lo echen á mala parte.

Luisito Bonaparte coge balas en los campos de batalla.

Alfonso de Borbon gana premios en el colegio Estanislao de París.

Sus hermanas los ganan también en el *Sacré Coeur*.

El niño Terso padrea.

¡Oh gozo! El porvenir de Europa está asegurado.

El Puente de Alcolea pide con gran frescura que se plantee en España la monarquía democrática.

Pero no trae la receta para plantearla.

¡Funesto olvido!

Orleanistas y legitimistas, después de haber hecho á Francia todo el daño posible, piden ahora que se les den *mandos* en los regimientos para ver si el pueblo les toma por sus salvadores.

La república francesa se salvó á sí misma sin necesidad de vampiros purpurados. Ni Chambords, ni Orleanes, ni Bonapartes hacen falta.

Resucite el espíritu republicano en Francia y arrojará de su suelo á los prusianos al mismo tiempo que á los ambiciosos príncipes.

Si no...

Figaro refiere que el pueblo de París ha dado *vivas* á los curas.

Muy malo debe andar aquello.

Otro general muerto: el general Raoult.

El pueblo, novelero de suyo, hace ya del difunto un personaje de melodrama.

Ni aun á los muertos respetan esos franceses.

A el amigo incógnito—(S. M. T. de Madrid)—que nos escribe censurando que en la crónica del número anterior llamásemos reaccionarios á Castelar y á Figueras y doctrinario á Pi, no hemos de contestar sino con un consejo provechoso.

Antes de censurar lo que otros escriben, es necesario que uno aprenda á leer.

Por ahí debe empezar nuestro amigo incógnito: y entre tanto, para que se le pase el disgusto, ruegue á cualquiera de sus conocimientos que le explique lo que en la crónica se quería decir.

Ahora falta, Sr. S. M. T., que Vd. no nos entienda todavía.

Sr. D. Nicolás, ¿puede y quiere decirme V. E. que *pié* sostiene al famoso gobernador de las *trancas*, las *boinas blancas* y otros excesos, que sigue en Alava haciendo niñerías, según dicen, á ciencia y paciencia de S. E., que parece como que *quiere* y no *puede* quitarle la gubernación de *aquella insula*?

¡Ay! ya está hecha la pregunta, lo veo, y sin embargo no espero contestación.

¡Ay! otra vez.

Si no fuesen horribles, no carecerían de gracia los pormenores que sobre la situación del ejército francés se leen en correspondencias particulares.

En el campamento de Châlons hay, según dicen, calle del *Hambre*, calle de la *Miseria*, calle de los *Escuálidos*, calle de la *Sexta compañía de esqueletos*.

Recomendamos estos lemas á nuestros hambrientos del domingo.

Todos los franceses avecinados en el extranjero se han creído en el caso de ofrecer sus servicios, ya que no al gobierno, á la patria.

Solo sé de un francés que no ha dicho «esta boca es mía.»

¿Saben Vds. quién es?

Entonces no hay necesidad de decirlo.

Yo me presumo en qué consiste.

Está aguardando á que la situación sea desesperada para hacer comprender lo que vale su ayuda poderosa.

Lo mismo, lo mismo hizo cuando las ocurrencias de Cádiz.

Es su sistema.

El consabido candidato continúa activamente sus trabajos en Andalucía.

En Jerez andaban días atrás algo inquietos por mor de no sé qué conferencia secreta que el *duque* se había permitido celebrar con el alcalde de aquella población.

El alcalde y el duque comieron juntos; el futuro monarca pretende popularizarse, y desciende hasta comer con un Fulano de Tal; él que es todo un Borbon.

¡Ay, señor alcalde; ay, amigo D. Pedro, que, á pesar de todo, lo de hacer rey al duque es algo más difícil que colocar centinelas en los campanarios de las iglesias ó en los tejados de las casas!

Para hacer esto último sobraba la voluntad de Vd. Para conseguir lo primero no bastaría ni con la del mismo San Pedro apóstol ó arcángel, que en esto de jerarquías del cielo no estoy al cabo.

Los *nacionales* y extranjeros que entren ahora en España desde Francia, huyendo de la quema, no podrán menos de reparar en la enorme diferencia que hay entre *los placeres* de la monarquía francesa y *los horrores* de nuestra carencia de rey. Tan pronto como los viajeros llegan á San Sebastian, diz que echan de ver ya la tristeza y la inquietud que nos devoran.

Allí con el monarca y la familia imperial es todo paz, tranquilidad, riqueza y bienandanza.

Aquí, sin rey, todo es guerra, zozobras, miseria y desventura.

Pero, señor, ¿se acabará de nombrar ese rey!

Arengando al pueblo de París, decía el ministro Ollivier el otro día:

«Mientras nuestros hermanos pelean en la frontera, tengamos bastante imperio sobre nosotros mismos.»

¡Cielos divinos! ¡Todavía le parece poco imperio el que los franceses tienen encima!

Hay hombres insaciables.

Las Novedades creía que los honrados artesanos estaban en su puesto cuando dejaban los talleres para votar la candidatura de Montpensier para diputado á Cortés.

Hoy cree *Las Novedades* que los honrados artesanos abandonan su puesto si se ocupan de sucesos políticos que pueden traer consigo la ruina de la patria.

¡Y dirán que no hay creencias en un país donde cree tan opuestas cosas el diario montpensierista!

¡Hombre!

Confiesan los diarios de París que aquella Guardia nacional ha bastado para conservar el orden y la seguridad en aquella población.

¡Y se pagan tan caros los ejércitos permanentes por un trabajo que los ciudadanos saben hacer gratis!

La Política refirió hace días que en un círculo oficial se había tratado del establecimiento de la república bajo la presidencia del general Prim.

La noticia ha dado la vuelta al mundo y nadie se ha conmovido.

Se suplica otra noticia un poco más fuerte.

La Independencia Española ha descargado sobre los españoles un artículo titulado *Espartero*. Por si acaso en las columnas del periódico no lo veían bastante, el artículo en forma de hoja se ha pegado con engrudo en casi todas las esquinas de Madrid.

Lo más gracioso de la hoja es el final, que permitiéndome una ligerísima variante, dice así:

Si, decid con nosotros
(para su gloria),
viva el invicto duque
de la Victoria.

En la mencionada hoja leo lo siguiente: «Una gigante y sangrienta lucha *tiene lugar*.»

Creo yo que eso de *tener lugar* no es muy patriótico.

También dice la hoja que los hombres de Estado siguen con *escrutadora mirada* los acontecimientos.

Y más abajo añade que las potencias europeas siguen con *escrutadora mirada* las inspiraciones de ambos pueblos.

Y yo me canso de seguir con *escrutadora mirada* á *La Independencia Española*.

Basta de progresismo.

Al presumir que Prusia era vencida, un prusiano en París perdió la vida: lector, por egoísmo, no exagere jamás el patriotismo

Con que ya lo saben Vds.; la telegrafía privada queda suspendida en todo el imperio francés, y también la internacional.

¡Cómo se conoce la seguridad y el aplomo con que procede el emperador en todos sus actos!

Por lo demás, ese es otro apunte para la historia de la guerra.

Ya se van notando sus ventajas presentes, y aun hemos de tardar muchos años en conocer las últimas.

El amo dispone de los telégrafos, el amo dispone de los vasallos, el amo dispone de las haciendas, el amo dispone de todo.

Ahora, amigo *Cascabel*, aconseja al pueblo que abandone la política, porque á él, bien mirado, ¿qué le va ni qué le viene con todo esto?

¿No es verdad?

He observado con placer verdadero que en la manifestación del *hambre* que se verificó el domingo había muchas menos personas que en la del primer día. Menos mal.

Por lo visto una gran parte de necesitados han podido remediarse en estas dos semanas.

Alabado sea Dios.

Pero, señor, ¿seré yo torpe que todavía no he podido explicarme lo que se proponen los iniciadores de esos actos?

«Tenemos hambre.»

«Queremos pan.»

«El pueblo tiene hambre.»

¿A quién se dice eso? ¿Para qué se dice?

Bueno sería que hubiese un poquito de claridad en ello, porque, vamos, se me antoja á mí que está algo turbio.

He oído decir que al disolverse la manifestación del *hambre* cada uno de los concurrentes dió su moneda para pagar gastos.

Preferible hubiera sido gastarla en pan.

He llegado á comprender que los franceses están ya en el período en que al hombre se le antojan los dedos huéspedes.

En Perpiñán prendieron á un prusiano porque decían que estaba levantando el plano de la ciudad.

Sencilla operación es la de levantar el plano de una ciudad, sobre todo un solo individuo, y así de pronto y entre prisa y prisa.

Lo comprendo. Francés hay á estas horas que confunde con un prusiano su sombra misma.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.